

Perder. Ganar. Ganar. Perder.

“La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido, no en una lejana tierra incógnita, sino en el corazón mismo de lo inmediato”. Rimbaud

Nick acababa de salir de la habitación. Ol, postrado en la cama, miraba a la pared de la derecha; la puerta parecía tranquila. A Nick lo conocía de unas breves conversaciones en el bar de George. Sus noticias no le sorprendieron, hacía tiempo que la sospecha de tener detrás a dos asesinos a sueldo era incesante. No le agradeció el gesto de avisarle, es más, podrían haberle seguido; tampoco le hizo preguntas, le escuchó a él, y al silencio del pasillo tras la puerta. Sólo Ol sabía cómo suenan los pies de la encargada de la pensión, su ojo en la cerradura, cómo es ese microscópico movimiento de la pared de la derecha. Sólo él. Cambiando de postura, a la izquierda, le apareció la noche en la ventana. La telaraña de la esquina continuaba crujiendo; imaginar a la araña acechante, percibirla, era entretenido para un Ol de neblina en los ojos, nariz partida por sus combates, manos llenas de viejas glorias y, desde hace tiempo, impotentes para formar un puño. Siempre lo intentaba desde la cama pero, en el momento en el que sentía los dedos empezar a tensarse, se le caían las manos y entonces observaba las paredes, las esquinas, el techo, la puerta, la cerradura, las grietas del papel pintado, el aroma de la vieja pensión, la araña recorriéndole por dentro el estómago...

Decidió salir. En el armario, dos camisas, dos trajes grisáceos, dos zapatos oscuros, cuatro mudas y un bolso grande de piel con una considerable cantidad de dinero. En el cajón de abajo, siempre cerrado, conservaba los guantes y una par de sogas de los entrenamientos. Los trofeos y objetos de valor de su época de victorias como boxeador se quedaron con su familia, ellos siempre los apreciarían.

Se vistió, cogió el bolso e hizo una mueca precipitada a la encargada antes de salir. Fue bajando recto por la calle hasta la parada de taxis. Tomó uno con dirección al casino. Llovía. Ol se subió el cuello de la chaqueta y entró con ojos incendiados. En el ambiente cargado podía distinguir por el sudor quién era un perdedor o un ganador. A veces se llevó alguna sorpresa, así que nunca obviaba el juego de miradas y manos. Por primera vez, en aquel local resplandeciente, Ol fue directo a la mesa de la ruleta, aún sin distinguir el negro del rojo; no había tiempo para disfrutar de los destinos, jugadas, del doble o nada, del ascender humeante del tabaco, de los gestos. Y aún así, las fichas eran para él insectos inmóviles aguardando a ser machacados con frialdad, o crujiendo en las entrañas del resto de jugadores. Ganó tres veces, perdió dos. Pero él sabía. Ganar, perder. En dos horas, con el doble del dinero que llevaba en el bolso fue en taxi hasta el bar de George.

— No pongas esa cara, George. He venido a saludarte, ya me dijo Nick que unos tipos andaban buscándome.

George, sirviéndole un zumo, le susurró.

— Ol, amigo. Son peligrosos, eran dos, estaban armados. A Nick y al cocinero los retuvo uno en la cocina, mientras que a mí, el otro tipo me apuntaba desde detrás de la barra. Conocen tu nombre, sólo dios sabe qué más sabrán.

Ol le miraba inmutable. En el bar ya cerrado, un cliente al fondo, al final de la barra, pagó la cuenta y se fue. Abundantes comidas le había servido George, y entre charlas, le confió sus dietas, las horas de entrenamiento, su manager, las noches de combate... Ahora los recuerdos parecían haberse adherido a las paredes, y algunos de sus trofeos como llamándole desde las mesas, incluso, entre tanta pasibilidad, Ol, creía tener en los oídos un ronroneante sonido de voces, gritos y asombros.

— George, gracias por todo. Tú sabes.

— ¿Te irás?

—Me iré.

Le sonrió y, dejando su bolso en el suelo, salió del bar. El agua bajaba por Palm street y al final, junto a la farola estropeada, la pensión, el descanso. Ol ascendía recto, seguro, con los cuellos de la chaqueta aún subidos, mojándose de noche, elevando la mirada, buscando de entre la hilera de farolas, la suya. Al llegar volvió a mostrar a la encargada una mueca precipitada y fue a su cuarto.

A las dos horas, George abordaba la pensión. Llamó sin respuesta, empujaba la madera, la mujer aturdida intentaba tranquilizarle, la cogió de los hombros gritándole que abriera y tras la puerta vieron a Ol, muerto, ahorcado.

Un ruido hizo que George girara la vista, los dos tipos entraban a la pensión; un largo pasillo los separaba del cuerpo pero, para ellos, ya era tarde.